

Lisandro Gallucci

Universidad Nacional del Comahue

El más reciente libro de Luciano de Privitellio (en adelante, LP) constituye una versión modificada y resumida de su tesis doctoral que, desarrollada bajo la dirección de Luis Alberto Romero, presentara en 2002 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, con el título de *Cultura y prácticas políticas: Buenos Aires, 1917-1941*. Si en principio podría creerse que una investigación destinada a estudiar las características de la vida política en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo XX, vendría simplemente a agregarse a los numerosos trabajos producidos sobre el mencionado tema, sin producir mayores contribuciones relevantes a dicho campo de conocimiento, es necesario señalar que, conforme se avanza en la lectura del libro de LP, aquella suposición se debilita hasta desvanecerse por completo.

Ciertamente que la investigación de LP no ha producido un giro copernicano de los conocimientos desarrollados sobre la Buenos Aires de entreguerras. Algo que, de todos modos, resulta ya difícilmente alcanzable cuando el volumen y la calidad de trabajos que se han dado como objeto de estudio el mismo espacio-tiempo,<sup>1</sup> han ido consolidando un

conjunto de saberes que hacen prácticamente imposible satisfacer aquel objetivo que en no pocas ocasiones se encuentra como norte profesional de los historiadores. No obstante, el hecho de que LP no haya provocado una modificación dramática de aquel terreno historiográfico, no representa ningún obstáculo para valorar algunos de los logros alcanzados por su trabajo. A los efectos de satisfacer ese propósito, resulta conveniente identificar dos direcciones fundamentales en las que, según entendemos, se despliegan las contribuciones que presenta este libro.

La primera de ellas, de más reducido alcance, consiste en complejizar nuestra comprensión de la vida política desarrollada en la Buenos Aires de entreguerras. En ese sentido, puede sostenerse que uno de los méritos del estudio está en su destreza para ofrecer al lector una mirada especialmente dinámica del escenario político porteño de la primera mitad del siglo XX. Este objetivo es alcanzado mediante un sistemático enlace entre dos procesos profundamente imbricados que atraviesan la historia porteña de la primera mitad del siglo pasado.

El primero de ellos es el de la expansión material de la ciudad de Buenos Aires, iden-

<sup>1</sup> Sin pretensión de exhaustividad, y señalando sólo las obras editadas más conocidas, pueden citarse: Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998; Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares y cultura política.*

*Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977; Richard Walter, *Politics and urban growth in Buenos Aires: 1910-1942*, Cambridge University Press, 1993.

tificable tanto en su vertiginoso crecimiento demográfico—que eleva el número de sus habitantes desde menos de medio millón, para mediados de la década de 1880, a casi tres millones hacia fines de la década de 1940—, como también en la simultánea expansión de la trama urbana que llega prácticamente a completar la totalidad del espacio comprendido dentro de los límites administrativos de la Capital Federal. Esa vertiginosa expansión de los suburbios porteños y la emergencia de demandas que reclamaban una intervención más activa del estado municipal en terrenos en los que su presencia era juzgada inexistente, produjo el desarrollo de prácticas de sociabilidad que, habiéndose dado como objetivo primero satisfacer algunas de las necesidades de esa nueva construcción identitaria que se define como el *barrio*, no tardaron mucho en constituirse en verdaderas formas de representación y legitimidad a las que apelaron tanto los partidos políticos como las autoridades municipales en su búsqueda de apoyos en el escenario porteño.

El otro proceso, de índole más estrictamente política, reconoce su punto de partida en las iniciativas de aquellos reformistas liberales preocupados por modernizar el juego político argentino, a través de la ampliación del cuerpo de individuos a quienes se reconocía el derecho al sufragio y mediante la tarea de pedagogía cívica asignada a los partidos políticos, procurando con ello convertir a los votantes en los que esa elite reformista entendía como verdaderos ciudadanos. No obstante, mientras que desde 1912 esa apuesta

modernizadora ya se encontraba en marcha en el escenario político nacional—con las excepciones de las mujeres y los habitantes de los territorios nacionales—, será recién para 1917 que el mismo impulso penetrará formalmente en la vida política municipal porteña, que desde 1907 se había regido por el carácter censitario del voto comunal. Con todo, tal como LP lo demuestra, la ampliación del sufragio municipal inaugurada en 1917 no produjo necesariamente la desaparición ni de algunas características del sistema político municipal—cuyo ejecutivo continuó siendo designado por el Presidente con acuerdo del Senado y estaba por ello fuera de la competencia política electoral—, ni menos aún la de una concepción tradicional, administrativa y decimonónica del municipio, que llegó incluso a fortalecerse a partir de un conjunto de percepciones negativas sobre el desempeño de la administración municipal y la actuación de los partidos nacionales, ante algunos sucesos conflictivos que tuvieron lugar en el período de entreguerras.

Es mediante esa estrecha relación entre, por una parte, el crecimiento material de la ciudad de Buenos Aires y el desarrollo de nuevas formas de sociabilidad y, por la otra, la puesta en marcha de un proyecto reformista de modernización política, que LP llega a ofrecernos una interpretación más acabada de los procesos que determinaron la conflictiva y vacilante transición desde las agrupaciones políticas tradicionales a otras más fácilmente identificables con las formas modernas de los partidos políticos. En lugar de

dar por sentada la eficacia de estas concepciones y formas más modernas de la lucha política, por sobre aquellas tradicionales que estarían inevitablemente destinadas a su desaparición, LP nos permite comprender en qué medida aquellas representaciones *a priori* antitéticas de una política propiamente moderna, llegaron a desarrollar con los «partidos de ideas» estrechas relaciones que hacían que las figuras del *vecino* y del *ciudadano* no fueran entendidas como provenientes de universos políticos diametralmente opuestos.

Una buena muestra de esa relación ambigua, contradictoria y variable entre las concepciones más tradicionales del municipio como estructura ante todo administrativa y aquellas otras más vinculadas al carácter político del municipio, nos es expuesta por LP en su análisis de los contactos mantenidos entre las sociedades de fomento y los partidos políticos nacionales. Por ejemplo, si la prescindencia política tan cara a muchas sociedades de fomento parece admitir cómodamente que se la entienda como expresión de una continuidad con la tradición decimonónica y administrativa del municipio, las muy estrechas relaciones mantenidas con los partidos políticos nacionales por parte de muchas de aquellas asociaciones, que testimoniaban el veloz crecimiento de la urbe porteña, parecen obligarnos a reconocer en la transición política señalada más arriba, un camino bastante menos llano del que estábamos acostumbrados a suponer. Como LP nos muestra, la afirmación de la prescindencia política que realizaban las sociedades de fomento, no expresaba sólo un

juicio radicalmente negativo sobre la política, los políticos y los partidos. En realidad, aquella construcción identitaria que las sociedades de fomento hicieron de sí mismas como asociaciones prescindentes en el terreno de la competencia entre partidos políticos, fue la práctica que permitió al *fomentismo* la preservación de cierto margen de autonomía para la representación de las demandas del *barrio*, al tiempo que también hizo posible el mantenimiento de estrechas relaciones con los partidos dentro de una vida política marcada por la negación absoluta de la legitimidad del contrario.

En otras palabras, el estudio de LP nos demuestra que el valor de la prescindencia política es plausible de una interpretación positiva, en la que ya no aparece simplemente como expresión de una apatía obstinada en mantener una completa desconexión respecto de todo lo relacionado con la política, sino más bien como discurso y práctica resultante de la cercanía existente entre las sociedades de fomento y los partidos políticos. Por lo tanto, la consolidación en el escenario político municipal de aquellas formas que entenderíamos como propiamente modernas, no puede explicarse ya suponiendo la eficacia ineluctable que sería propia de las formas modernas como organizadoras de lo político. Bien visto, hay en el estudio de LP una aguda crítica a cierto formalismo liberal que propende imaginar la afirmación de las formas modernas de la política como una tendencia inexorable, que forzosamente determina la desaparición de todo lo tradicional bajo una arrolladora modernización y, por eso

mismo, tiende a mostrarse perplejo frente a situaciones en las que aquella eficacia presu- puesta se enfrenta a un campo creciente de críticas en algunas ocasiones, o se derrumba estreptosamente en otras.

En la Buenos Aires de entreguerras, el peso político del *fomentismo* no sólo se hacía visible en la presencia de partidos políticos comunales o de sociedades de fomento devenidas en partidos políticos —como la Unión de Fomento Edificio, organizada con el apoyo brindado por el intendente Carlos Noel—, sino también en la estrategia de los otros partidos políticos, basada en el establecimiento de intensas relaciones con las sociedades de fomento. Fue la UCR la que percibió más tempranamente la posibilidad de convertir a las sociedades de fomento en bases de sustento político, dada la necesidad que tenía la comisión interventora designada por el presidente Yrigoyen en noviembre de 1916, de hacerse de fuentes alternativas de legitimidad que restaran importancia a las críticas lanzadas por la oposición desplazada con el cierre del Concejo Deliberante. Además, el desarrollo de relaciones entre muchas sociedades de fomento y los partidos políticos no fue privativo de la UCR y su permanente voluntad de extender su clientela política sobre la ciudad de Buenos Aires. Aunque tuvieron más dificultades en definir una actitud clara frente a las sociedades de fomento, también descendieron a la sociedad civil en busca del apoyo electoral de aquéllas partidos conservadores como la Concentración Nacional o el Partido Nacionalista —apelando frecuente-

mente a la tradición administrativa del municipio—, el Partido Socialista y hasta el Partido Comunista, que tuvo en José Penelón un dirigente con una activa presencia en las sociedades de fomento que le valdría el mantenimiento de una base electoral propia, aun tras su expulsión del PC en 1927.

Es en el terreno metodológico donde podemos reconocer la otra serie de contribuciones realizadas por LP, no limitadas ya a la realidad histórica estudiada, sino extensibles a la historia política en general. Entre ellas, resulta necesario destacar la atención prestada a aquella temporalidad que ofrece quizá las condiciones más fértiles —aunque de ningún modo las suficientes— para el abordaje de lo político. Nos referimos más precisamente a la coyuntura como dimensión temporal en la que la política cobra toda su especificidad como conjunto de prácticas no mecánicamente determinadas por otras dimensiones de la vida social, sin que ello signifique afirmar una radical autonomía de la política por sobre aquellas últimas. Es precisamente en el tiempo de la coyuntura donde se presenta la oportunidad de reconocer la característica distintiva de lo político, a saber, la imprevisibilidad siempre existente en conflictos en los que cada una de las partes involucradas realiza sus apuestas sin conocer necesariamente el juego realizado por las otras contendientes. Así, los conflictos desarrollados entre los partidos políticos —y dentro de ellos mismos, en no pocas ocasiones— al calor de algunos de los más controvertidos problemas que aquejaban a los vecinos de la ciudad de Buenos Aires,

son expuestos por LP desde su preocupación por tratar de reconstruir la incertidumbre de la política desarrollada en la Buenos Aires de entreguerras. De hecho, puede sostenerse que sólo mediante ese procedimiento es posible entender procesos tales como la reemergencia de partidos políticos que poco se corresponden con la representación del partido político moderno. De no prestar la necesaria atención a la coyuntura como temporalidad propiamente política, resultaría extremadamente difícil comprender la vigorosa reaparición de los partidos comunales, entre fines de la década de 1920 y comienzos de la siguiente, como algo más que un mero *dérapage* sufrido por el proceso de modernización política de la sociedad porteña. Aun si estos partidos más asociados a una noción tradicional del municipio no lograron imponerse como competidores reales de la UCR o del PS en la disputa por las bancas del Concejo Deliberante, es necesario señalar que algunos de ellos mantuvieron su presencia en el cuerpo legislativo del municipio y que otros, como la Unión de Contribuyentes, vieron cercenado su crecimiento por la clausura del Concejo Deliberante en 1941 —a manos del gobierno del presidente Castillo— y por la inexistencia de elecciones municipales hasta 1958.

Por otra parte, al interpretar el desarrollo de la vida política porteña a partir de la relación entre los procesos de crecimiento urbano y de modernización política, LP logra desarrollar un modo ingenioso de vincular *la política* propiamente dicha —esto es, aquel conjunto de prácticas formalmente institui-

das en un sistema político determinado— y *lo político* —entendido como aquella serie de conflictos que, desarrollados desde la sociedad civil, se constituyen a diario en desafíos que debe resolver la política—. De este modo, reclamos concretos realizados hacia la Municipalidad de Buenos Aires por parte de los vecinos de la ciudad, tales como los elaborados en torno a la provisión de servicios públicos o a los problemas edilicios que afectaban la vida cotidiana de los porteños —especialmente en los suburbios de la capital—, aparecen como algo más que una muestra de indiferencia de aquellos sujetos hacia la política, determinada por la incapacidad de éstos para superar el nivel de las reivindicaciones inmediatas. El juego de relaciones desarrollado con otras asociaciones civiles y con diferentes partidos políticos —que, como LP nos expone, se potenciaba conforme a la acumulación de esos reclamos ante problemas como los suscitados frente a las empresas constructoras de viviendas, a las proveedoras de energía eléctrica o ante las compañías de transporte—, ofrece la posibilidad de entender la actitud de los vecinos de Buenos Aires ya no como simple evidencia de una suerte de miopía política, sino más bien como parte de las disputas desarrolladas en el terreno de la definición de la ciudadanía y de los derechos que se esforzaban por colocar como elementos constitutivos de esa condición.

Para terminar, cabe realizar un comentario final a título de advertencia frente a eventuales interpretaciones del libro que nos ocupa. Sobre todo porque existe en el campo histo-

riográfico argentino cierta inclinación a hacer de las investigaciones que toman a la ciudad de Buenos Aires —o, en términos más generales, al espacio del Litoral—, la plataforma desde la que se proyectan explicaciones de alcance nacional. Apuntar esta situación no resulta de un irrisorio provincianismo que reclama ser incorporado en la discusión historiográfica nacional, sino más bien de la necesidad de no extender prematuramente a una escala nacional las interpretaciones que, en rigor, son producidas a partir del estudio de un contexto espacio-temporal específico. Por estos motivos resulta necesario destacar que si bien es cierto que la centralidad de la ciudad de Buenos Aires parece justificar por sí misma la tarea de investigar los procesos

históricos desarrollados en ella, es necesario no pretender que el estudio de ese *centro* de la Argentina habilita inmediatamente para referirse a procesos de escala nacional. Más aún, esta centralidad de la ciudad capital no resulta de que allí se encuentre lo más representativo o sustancial de los procesos históricos desarrollados en la Argentina, sino más bien de todo lo contrario, esto es, de la completa excepcionalidad de la situación identificable en la ciudad de Buenos Aires con relación al resto del territorio nacional. Aunque su centralidad la ha convertido muy tempranamente en un espacio público que tiende a identificarse como nacional, ello no significa que lo nacional pueda resolverse en el reducido escenario de la capital nacional.